

las grandezas de Dios, he venido á hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél; allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega á Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amen.

CAPITULO XXXVIII.

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones que Su Majestad tuvo por bien visor: dice los efectos con que la dejaban y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.

1. Estando una noche tan mala que queria excusarme de tener oracion, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio; cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vino me un arrobamiento de espíritu con tanto impetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fué á mi padre y á mi madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podría decir un Ave Maria, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusion, puesto que no me lo parecia, no sabia qué hacer, porque habia gran vergüenza de ir al confesor con esto, y no por humilde á mi parecer, sino porque me parecia habia de burlar de mí y decir: ¿que qué San Pablo para ver cosas del cielo, ó San Gerónimo? Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas destas, me hacia más temor á mí, y no hacia sino llorar mucho, porque no me parecia llevaba ningún camino. En fin, aunque más senti, fui al confesor porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenia de ser engañada. El, como me vió tan fatigada, me consoló mucho y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo me ha acaecido y acaece esto algunas veces, íbame el Señor mostrando más grandes se-

cretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio ni es posible, y así no veía más de lo que cada vez queria el Señor mostrarme. Era tanto, que lo ménos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo ménos que entendia, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos á la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparacion, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginacion, por muy sutil que sea, á pintar, ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.

3. Habia una vez estado así más de una hora mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí, díjome: *Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decirselo.* ¡Ay Señor mio, y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! Algunas personas que Vos la habeis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas venlas, Señor mio, mostradas á cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que á lo ménos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Despues quisiera ella estarse siempre allí y no tornar á vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazon (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hizome sacar joyas de oro y piedras, que las tenia de gran valor, en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegráran, yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el

Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá, sinó quien le posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro: todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo á la muerte, á quien yo siempre temía mucho, ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve á Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrobamientos, paréceme á mí conforma mucho á cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amáren á Dios y hubieren dado de mano á las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

5. También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y és gran cosa ver lo que hay allá y saber á dónde hemos de vivir; porque si uno ha de ir á vivir de asiento á una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra donde ha de estar muy á su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversacion sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y paréceme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir. En fin, es grandísima merced que el Señor hace á quien da semejantes vi-

siones, porque la ayuda mucho, y también á llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro; y si el Señor no permitiese á veces se olvidase, aunque se torna á acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega á su Majestad por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes y que comience en alguna manera á gozar dellos, no me acaezca lo que á Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien él es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda. Esto suplico yo á vuesa merced, siempre lo suplique. Pues no son tan grandes las mercedes dichas á mí parecer, como esta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que della me quedaron y gran fortaleza en el alma, aunque mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay que comparar.

6. Estaba un día, vispera del Espíritu Santo, despues de misa, fuime á una parte bien apartada, á donde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos para entender está con ellos el Espíritu Santo. Leidos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios que no dejaba de estar conmigo á lo que yo podía entender. Estándole alabando y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho) y así comencé á considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios porque no me parecía conocía mi alma, segun la veía trocada. Estando en esta consideracion dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasion: parecia que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y á mí parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que áun

sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que segun mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria deste arrobamiento, quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, á manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amen.

8. Otra vez vi la mesma paloma sobre la cabeza de un Padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos y los resplandores de las mesmas alas que se extendían mucho más), dióseme á entender había de traer almas á Dios.

9. Otra vez vi estar á nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al Presentado desta mesma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome que por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba el manto, en señal que guardaría su alma con limpieza de ahí adelante y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque desde há pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fué con tanta penitencia, la vida y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender no hay que poner duda. Díjome un fraile, que había estado á su muerte, que antes que espirase le dijo cómo estaba con él Santo Tomás (1). Murió con gran gozo y deseo de salir deste destierro. Despues

(1) Este padre murió Prior en Trianos.

me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria y dicho-me algunas cosas. Tenía tanta oracion, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribíome poco ántes que muriese que qué medio ternia, porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido en toda su vida. Del Retor de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mencion, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acacióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa vi á Cristo en la cruz cuando alzaban la Hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo y otras, previniéndole de lo que estaba por venir y poniéndole delante lo que había padecido por él y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado despues como el Señor me lo dijo.

10. De los de la Orden deste Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo, otras cosas he visto dellos de mucha admiracion, y así tengo esta Orden en gran veneracion, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos á entender.

11. Estando una noche en oracion, comenzó el Señor á decirme algunas palabras, y trayéndome á la memoria por ellas, cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusion, y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y sientese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos dias que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en él voluntad, que tan mal se había gastado, como la mia y admitirla él. Otras veces me dijo, que me acordase cuando pareciese tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba él ha-

ciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad á entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acasíame reprehenderme el confesor y quererme consolar en la oracion, y hallar allí la reprehension verdadera.

12. Pues tornando á lo que decia, como comenzó el Señor á traerme á la memoria mi ruin vida, á vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada á mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho á mi mesma: para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde á un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al ménos no se entiende que se vive en él. Vi á la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria, que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, y ésto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos dias que no podia tornar en mí; y siempre me parecia traía presente á aquella Majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sinó que queda tan esculpido en la imaginacion, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algun tiempo, y es harto consuelo y áun aprovechamiento.

13. Esta mesma vision he visto otras tres veces: es á mi parecer la más subida vision, que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita casi del todo á nuestra sensualidad. Es una llama grande que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria á Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vano son los señorios de acá, y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir cómo, más es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver como osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan gran-

dísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones y otras cosas; mas ya he dicho que hay más, y ménos aprovechamiento, desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba á comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia), los cabellos se me espeluzaban, y toda parecia me aniquilaba. ¡Oh, Señor mio! ¿Mas si nó encubriéades vuestra grandeza, quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan súcia y miserable, con tan gran majestad? Bendito seas, Señor, alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aún no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

14. Podríamos acaecer lo que á un labrador, y esto sé cierto que pasó así: hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dió una tristeza, que poco á poco se vino á morir de puro afligido y cuidadoso, de no saber qué hacer dél. Si no lo hallara junto, sinó que poco á poco se lo fueran dando y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabeis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco á poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una Majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así, que despues acá á mí me admira sabiduria tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme á él, si él que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese; ni sería poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar á este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, á aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza, y de piedad? Que duele más, y affige el alma (por no le haber servido), el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura, con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que

ve en él. ¿Mas qué podria yo sentir dos veces que vi esto que dije? Cierto, Señor mio y gloria mia, que estoy por decir, que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. Hay que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo, escribo ya esto, porque me hallo turbada y algo fuera de mi, como he tornado á traer á mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí este sentimiento, que habia hecho algo por Vos, Señor mio; mas, pues, no puede haber buen pensamiento si Vos no lo dais, no hay qué agradecer, yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

15. Llegando una vez á comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Parece que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y vi á mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mio, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de vos, que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáades ir. Dióme tan gran turbacion, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera vision de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Dijome el mesmo Señor, que rogase por él, y que lo habia permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagracion; y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mio y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán récia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía á Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acació así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que habia vivido harto mal, segun supe, y muchos años: mas habia dos que tenia enfermedad, y en algunas cosas pa-

rece estaba con enmienda. Murió sin confesion, mas con todo esto no me parece á mí que se habia de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecia que jugaban con él, y hacían tambien justicias en él, que á mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro: como le vi llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, cómo no queria fuese infamada aquel alma, sinó que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que habia visto: en todo el oficio no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba que harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa), vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusion del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad: verdad es, que aunque no fuese ilusion, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado á decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar y por no ser necesario, digo para ningun aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro Provincial, que habia sido (y cuando murió lo era de otra provincia) á quien yo habia tratado, y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbacion, porque temí su salvacion, que habia sido veinte años Perlado (cosa que yo temo mucho cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas), y con mucha fatiga me fui á un oratorio: dile todo el bien que habia hecho en mi vida (que sería muy poco) y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que habia menester aquel alma para salir del purgatorio.

18. Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que yo podia,

parecióme salía del profundo de la tierra á mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y áun ménos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta vision, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque habia fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenia mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podia dudar en que era buena vision; digo, que no era ilusion. Habia no más de quince dias que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen á Dios y hacerlo yo, salvo que no podia con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto; porque cuando así el Señor me lo muestra, y despues las quiero encomendar á su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Despues supe (porque murió bien léjos de aqui) la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificacion, que á todos dejó espantados del conocimiento, y lágrimas y humildad con que murió.

19. Habiase muerto una monja en casa, habia poco más de día y medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decia por ella en el coro), yo estaba en pié para ayudarla á decir el verso. A la mitad de la lición la ví que me pareció, salía el alma de la parte que la pasada y que se iba al cielo. Esta no fué vision imaginaria, como la pasada, sinó como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi mesma casa, de hasta diez y ocho ó veinte años, siempre habia sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que habia pasado, sinó que le sobraran méritos. Estando en las Horas, ántes que la enterrasen (habria cuatro horas que era muerta), entendi salir del mesmo lugar é irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos, que he dicho tenia algunas veces, y tengo de alma, y de cuerpo, estaba de suerte, que aún un buen pensamiento, á mi parecer, no podia admitir: habiase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podia, encomendándole á Dios, y oyendo misa

de otro padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y vile subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él: por particular favor entendi era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra órden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dió un recogimiento, y vi como era muerto y subir al cielo, sin entrar en purgatorio. Murió á aquella hora que yo lo ví, segun supe despues. Yo me espanté de que no habia entrado en purgatorio. Entendi, que por haber sido fraile, que habia guardado bien su profesion, le habian aprovechado las bulas de la Orden, para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendi esto, paréceme debe ser, porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfeccion, que es ser fraile.

23. No quiero decir más destas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningun alma de entrar en purgatorio, si no es la deste padre, y el santo fray Pedro de Alcántara y el Padre dominico que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido, que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos á otros.

CAPITULO XXXIX.

Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiesen: dice algunas cosas señaladas, en que la ha hecho Su Majestad este favor.

1. Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista á una persona que yo tenia obligacion, que la habia del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me habia el Señor de oír. Aparecióme como otras veces, y comencóme á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que á vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y dije-me, que quien aquello habia pasado por mi, que no dudase,

sinó que mejor haria lo que le pidiere, que él me prometia, que ninguna cosa le pidiere, que no la hiciese, que ya sabia él que yo no pediria, sinó conforme á su gloria, y que así haria esto, que ahora pedia. Que aun cuando no le servia, mirase yo que no le habia pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabia pedir: que cuán mejor lo haria ahora que sabia le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho dias, que el Señor no tornó la vista á aquella persona. Esto supo mi confesor luégo: ya puede ser no fuese por mi oracion, mas yo como habia visto esta vision, quedóme una certidumbre, que por merced hecha á mi, di á su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que habia dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle á ver mi confesor, que era el Retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome, que en todo caso le fuese á ver, que era persona que yo lo podia hacer por ser mi deudo. Yo fui, y movióme á tener del tanta piedad, que comencé muy importunamente á pedir su salud al Señor: en esto ví claro, á todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luégo á otro dia estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandisima pena, porque sabia que una persona, á quien yo tenia mucha obligacion, queria hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada á ello. Era tanta mi fatiga, que no sabia qué remedio hacer para que lo dejase, y aún parecia que no le habia. Supliqué á Dios muy de corazon que le pusiese, más hasta verlo no podia aliviarse mi pena. Fuime, estando así, á una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio), y estando en una, á donde está Cristo á la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decia; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo, y deleite interior, que yo me espanté, que sólo oír una voz (que esto oílo con los oídos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operacion en el alma. En esto ví, que se habia de hacer lo que pedia, y así

fué, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aún no era (como si lo viera hecho) como fué despues. Díjelo á mis confesores, que tenia entonces dos, harto letrados y siervos de Dios.

4. Sabia que una persona que se habia determinado á servir muy de veras á Dios, y tenido algunos dias oracion, y en ella le hacia su Majestad muchas mercedes, que por ciertas ocasiones que habia tenido la habia dejado, y aún no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mi me dió grandisima pena, por ser persona á quien queria mucho y debia: creo fué más de un mes que no hacia sinó suplicar á Dios tornase esta alma á sí. Estando un dia en oracion, ví un demonio cabe mi, que hizo unos papeles que tenia en la mano pedazos con mucho enojo, y á mi me dió gran consuelo, que me pareció se habia hecho lo que pedia; y así fué (que despues lo supe) que habia hecho una confesion con gran contricion, y tornóse tan de veras á Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amen.

5. En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfeccion, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas, que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luégo, luégo, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer, que el Señor lo hacia por mi oracion (dejemos ser lo principal por sola su bondad), mas son ya tantas las cosas y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo y alabo á su Majestad, y háceme confusion, porque veo soy más deudora, y háceme, á mi parecer, crecer el deseo de servirle y avivase el amor. Y lo que más me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero suplicárselo, sinó con tan poca fuerza y espíritu y cuidado, que aunque más quiero forzarme es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirle muchas veces y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que

no dejo de esforzarme á suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen), es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte, que ve que no le entienden, ó como quien habla claro y despierto, á quien ve que de buena gana lo está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oracion vocal; y lo otro en contemplacion tan subida, que se representa el Señor de manera que se entiende, que nos entiende, que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mio, quién no se deshace todo por Vos? ¿Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no habia de querer vivir (aunque hay otras causas), porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: el que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora que he dicho, á dónde habia menester estar con cuidado, y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada, y era muy loada, y ofrecianse hartas cosas á que me pudiera bien apegar, si mirara á mí, mas miraba el que tiene verdadera vista á no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas á quién Dios ha llegado á conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, donde tanto se encubre, como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decia este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, ó me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una sola sílaba que sea; así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, ó porque algunas cosas tambien lo serán. No llamo mio lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dadó á entender en relacion.

7. ¡Mas ay, Dios mio, y cómo aún en las espirituales que-

remos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, tambien como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algun ejercicio de oracion, y aún parece queremos poner tasa á quien sin ninguna da sus dones cuando quiere y puede dar en medio año más á uno, que á otro en muchos! Y es cosa esta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que éste juzga por los efectos, y determinaciones, y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque como digo, dalo el Señor á quien quiere, y aún á quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora á esta casa unas doncellas, que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algun regalo), no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que saben que las ama. Déjalo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante, que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura, todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y habia de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años, como há que comenzó á hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aún con alguna en tres dias, con hacerlas muchas ménos que á mí, aunque bien las paga su Majestad; á buen seguro que no están descontentas por lo que por él han hecho.

8. Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (á los que los tenemos de profesion, y las personas que los tienen de oracion), y no para fatigar á los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás, para que anden á nuestro paso, y á los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y si los vie-

remos con humildad darles la rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fianse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe); ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme á nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes afectos y determinaciones, porque sin experiencia se pueden mal entender, humillémonos y no los condenemos, que con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos á nosotros y perdemos esta ocasion, que el Señor pone para humillarnos y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas, y llegadas á Dios deben estar estas almas, que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega á ellas.

9. No entiendo otra cosa ni la querría entender, sino que oracion de poco tiempo que hace efectos muy grandes (que luego se entienden, que es imposible que los haya para dejarlo todo sólo por contentar á Dios sin gran fuerza de amor), yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero que al primero, á hacer cosa que sea nada por Dios, salvo si unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efecto y mortificacion: que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy esta y olvidaré las mercedes á cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad en mucho, segun es bueno; mas querría yo no hacer caso dellas ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mio, y no me culpeis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes: si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaria muy atrás en contentaros, mas no valgo nada, Señor mio, ponedme vos el valor, pues tanto me amais.

10. Acacéome un dia destos que con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que paréceme ha costado algun trabajo, estando consagrada de verlo así concluido, y pensando los que habia teni-

do, y alabando al Señor que en algo se habia querido servir de mí, comencé á pensar las cosas que habia pasado; y es así, que en cada una de las que parecia eran algo, que yo habia hecho, hallaba tantas faltas ó imperfecciones, y á veces poco ánimo y muchas poca fe; porque hasta ahora que todo lo veo cumplido quanto el Señor me dijo desta casa se habia de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer ni tampoco lo podia dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecia imposible, por otra no lo podia dudar, digo creer, que no se habia de hacer. En fin, hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no querría se me acordase por no tropezar con tantas faltas mias. Bendito sea el que de todas saca bien cuando es servido. Amen.

11. Pues digo que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oracion, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca que por muchos años que haya tenido oracion merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá á la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano para no le hacer las ofensas que ántes que tuviese oracion le hacia, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad, ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser que como nunca he servido no he pedido, por ventura si lo hubiera hecho, quisiera más que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no vá creciendo un alma y que no se lo dará Dios si la oracion ha sido humilde; mas que se olviden estos años, que es todo asco quanto podemos hacer en comparacion de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir más quedamos más deudores. ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan á dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, ¿pues qué será en lo que sólo Dios sabe, y lo mostró

bien su Majestad cuando pagó tanto á los postreros como á los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé á decir, que era esta vision. Vime estando en oracion en un gran campo á solas, en derredor de mi mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, ótras espadas, ótras dagas y ótras estoques muy largos. En fin, yo no podia salir por ninguna parte sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta afliccion, que no sabia qué me hacer, alcé los ojos al cielo y vi á Cristo (no en el cielo, sinó bien alto de mi en el aire) que tendía la mano hácia mí y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta vision, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco despues me vi cási en aquella batería, y conocí ser aquella vision un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve enredada, al ménos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me vi despues tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabia cómo me defender ni qué hacer.

13. ¡Oh válame Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (áun despues de lo que atrás queda dicho), cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecucion, me parece de las que he pasado. Digo que me vi á veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar á Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta vision. Hizóme harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sinó Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me

lo mostró) una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta vision, sin ir asida á nada, mas de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en deseáros servir. Seais bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta y alborotada sin poder recogerme y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento á cosas que no eran perfectas, áun no me parece estaba con el desasimiento que suelo: como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba, en fin, con una escuridad grande de alma. Estando con esta pena comencéme á hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si Él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme á entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda, por tal premio, y parecióme tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces mostrándome gran amor: *Ya eres mía y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y á mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, á mí de mí, sinó de Vos? Son para mí estas palabras y regalos tan grandísima confusion cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas á mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy cási olvidada de mis obras, sinó un representarme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que tambien me parece á veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ánsias de comulgar tan grandes, que no sé si podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto, que no parece hacia para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mi con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas á los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué á

la Iglesia dióme un arrobamiento grande, parecióme vi abrir los cielos; no una entrada como otras veces he visto otras. Representóme el trono que dije á vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, á donde por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendi estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, á mí me parece he oído una figura destos animales, pensé si eran los Evangelistas, mas cómo estaba el trono ni qué estaba en él, no vi, sino muy gran multitud de ángeles; parecióronme sin comparacion con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines ó querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecían tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entónces en mí senti, no se puede escribir, ni áun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendi estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada: dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender, que no podía entender nada, y mirar lo no nada que era todo en comparacion de aquello; es así, que se afrentaba despues mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse á ella; porque todo me parecía era un hormiguero. Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; parecióme habia sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el reloj y vi que eran dos horas las que habia estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame despues cómo en llegando á este fuego (que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera y procure y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibiaza, y miseria, y á manera de como hace el ave Fénix (segun he leído), y de la mesma ceniza, despues que se quema, sale otra: así queda hecha otra el alma despues con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que ántes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo á su Majestad fuese así y que de nuevo comenzase yo á servirle, me dijo: *Buena comparacion has hecho: mira no te se olvide para procurar mejorarle siempre.*

16. Estando una vez con la mesma duda que poco há dije,

si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor y me dijo con rigor: *Oh hijos de los hombres, hasta cuándo sereis duros de corazon!* Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, ó nó: que si estaba y lo era, que creyese no me dejaria perder. Yo me fatigué mucho de aquella exclamacion; con gran ternura y regalo me tornó á decir, que no me fatigase, que ya sabia que por mí no faltaria de ponerme á todo lo que fuese su servicio, que se haria todo lo que yo queria (y así se hizo lo que entónces le suplicaba), que mirase el amor que se iba en mí aumentando cada dia para amarle, que en esto veria no ser demonio, que no pensase que consentia Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento y quietud que tienes. Dióme á entender que habiéndome dicho tantas personas, y tales, que era Dios, que haria mal en no creerlo.

17. Estando rezando el Salmo de *Quicumque vult*, se me dió á entender la manera cómo era un solo Dios y tres Personas, tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hizome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso ó se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

18. Un dia de la Asuncion de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar á donde está. Decir cómo fué esto, yo no sabria. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria: quedé con grandes efectos, y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció. Estando en un colegio de la Compañia de Jesus y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un pálio muy rico sobre sus cabezas: esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban no lo veia.